

Manuel Lucena Giraldo



NACIONES DE REBELDES

Las revoluciones de independencia latinoamericanas

MANUEL LUCENA GIRALDO

NACIONES DE REBELDES

LAS REVOLUCIONES DE
INDEPENDENCIA
LATINOAMERICANAS

taurus **historia**


Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1 ÚLTIMAS OPORTUNIDADES PARA LOS REYES. DEL REFORMISMO AL INSTANTE FATAL](#)

[CAPÍTULO 2 PATRIAS BOBAS Y VIEJAS. LA APERTURA DE LA CAJA DE PANDORA](#)

[CAPÍTULO 3 LA EMERGENCIA DEFINITIVA DE LAS REPÚBLICAS AMERICANAS](#)

[CAPÍTULO 4 UNA GUERRA QUE YA NO QUIERE NADIE](#)

[EPÍLOGO MATERIAS DE LIBERTAD](#)

[BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA](#)

[Créditos](#)

[Grupo Santillana](#)

*A mi querido amigo Javier Beorlegui,
por tanta conversación*

PRÓLOGO

«Nadie es la patria. Ni siquiera el jinete
que, alto en el alba de una plaza desierta,
rige un corcel de bronce por el tiempo,
ni los otros que miran desde el mármol,
ni los que prodigaron su bélica ceniza
por los campos de América,
o dejaron un verso o una hazaña
o la memoria de una vida cabal
en el justo ejercicio de los días.
Nadie es la patria. Ni siquiera los símbolos».

JORGE LUIS BORGES, 1966

Todos los meses de noviembre, cuando el tiempo de los huracanes empieza a dar una tregua a los habitantes del Caribe, la ciudad colombiana de Cartagena de Indias celebra sus fiestas de la independencia. Sin duda se trata del evento más popular del ciclo festivo anual. En esos días, la multitud de afrodescendientes que la habitan orgullosos elaboran y difunden unos mitos propios. Estos son expuestos sin miramientos ni subterfugios, o impuestos con la fuerza que les otorga ser más en número y estar convencidos de sus tradiciones.

Aunque la exhibición de luces de la «Noche de candela» y los tambores de comparsas y grupos folclóricos recuerdan a una fiesta barroca, la memoria que celebran reivindica una apoteosis ilustrada. El 11 de noviembre de 1811, hace casi dos siglos, una multitud de negros y mulatos armada con lanzas, dagas y pistolas tomó al asalto el palacio de go-

bierno. Los miembros de la Junta autonomista criolla, tras ser insultados y golpeados, fueron obligados a firmar la «Declaración de Independencia» que provocó la definitiva ruptura de aquella república urbana con la España de la Regencia. No lejos de allí los habitantes de Santa Marta hicieron todo lo contrario, abrazaron la causa de la defensa de la verdadera religión y del monarca Fernando VII con idéntico convencimiento. No pasaría mucho tiempo antes de que el pueblo realista samario, formado por indios y zambos, se enfrentara al pueblo patriota cartagenero de negros y mulatos en una guerra a muerte.

Las motivaciones de todos ellos fueron claras y formaron parte de un equilibrio entre razón y sentimiento que la historiografía latinoamericana de los siglos XIX y XX, dedicada a edificar una mitología nacional, ha minusvalorado o directamente desconocido. La enseñanza patria ha planteado unos modelos de virtud republicana que obedecían a una versión de las élites blanca y criollista, fabricada en las décadas posteriores a la emancipación de España. Los peninsulares, malos, rencorosos y avariciosos, agraviaban a los americanos, buenos y virtuosos. En un momento crucial, estos se cansaron de vejaciones y la nación independiente fue llamada a la existencia. Como ya había ocurrido con el pueblo de Israel cautivo en Egipto, eran necesarios el sufrimiento y la muerte para ganar la libertad. El culto posterior a los héroes sacrificados rememora y redefine la pertenencia a la comunidad imaginada, que perdurará por los siglos de los siglos.

Durante los últimos treinta años la confianza en esta versión providencialista de la propia historia no sólo se ha resquebrajado, también se ha enriquecido. La nueva historia política, los estudios de grupos subordinados, la historia cultural, la historia de la ciencia y de la técnica, el intento de entender el alineamiento realista de indígenas o llaneros, el interés por instituciones y constituciones o la historia atlántica, han aportado puntos de vista y materiales que la gran narración decimonónica de la independencia no podía asimilar. La ruptura de este relato se ha producido en el

tiempo y en el espacio. Ya no se discute la interconexión causal entre lo que sucedió a partir de 1808 en Santiago de Chile, Madrid o La Habana. Hay una América indígena y una Afroamérica presentes en la emancipación con la estatura de actores de primera fila. No se trata sólo de «cosas de blancos» y se hace preciso entender lógicas comunes, las fundadoras de tradiciones democráticas o electorales, las que asentaron repúblicas y no monarquías, las que sustituyeron un personal político formado por abogados y clérigos por otro poblado de generales y comerciantes.

En la medida en que la reconstrucción atlántica de las independencias latinoamericanas, incluidas dos que se suelen ignorar, las de Haití y Brasil, estaba por hacer, decidí escribir un ensayo con el propósito de restablecer el marco común sobre el que se produjeron. Los cuatro capítulos que lo componen ofrecen una visión de largo plazo pero, a diferencia de los enfoques tradicionales, se remonta a los orígenes y no a las consecuencias. No he pretendido explicar el siglo XVIII desde el XIX, sino el XIX desde el XVIII. He intentado no confundir propagandas con realidades, ni historiografías con historias, otorgando a las periferias (supuestas) una dinámica de complejidad equivalente a la de los «centros».

De ahí que el primer capítulo, «Últimas oportunidades para los reyes. Del reformismo al instante fatal», dedicado a lo ocurrido en América entre 1740 y 1808, se haya ocupado de la básica desconexión entre las reformas borbónicas y la independencia, pues todo indica que constituyeron procesos separados, por mucho que sus relaciones existan. Gracias a esta lógica se explican sin dificultad los dramáticos sucesos narrados en el segundo capítulo, «Patrias bobas y viejas. La apertura de la caja de Pandora», que se ocupa de lo acontecido hasta 1814. La disonancia entre el fácil establecimiento de las juntas en la España peninsular y las complicaciones que tienen en América, así como lo privilegiado del momento en que se instituyen, encuentran adecuada comprensión. La dificultad de hacer coincidir soberanía y representación, que está en la base de los agravios infligi-

dos a los españoles americanos por los constituyentes gaditanos de 1812, se aborda en el comienzo del capítulo tercero, «La emergencia definitiva de las repúblicas americanas». Este explica no sólo la falta de sintonía de aquellos respecto al Nuevo Mundo, sino la formalización definitiva de las independencias de Buenos Aires o Chile como reacción al feroz absolutismo renovado de Fernando VII, vigente hasta el levantamiento de Riego en 1820. El cuarto y último capítulo, «Una guerra que ya no quiere nadie», aborda el camino hacia la Batalla de Ayacucho en 1825. Plantea que las soluciones liberales a escala imperial ya no funcionaban, o por decirlo con palabras del libertador Simón Bolívar, la libertad se había conseguido al alto precio de la unión política. En el epílogo, finalmente, propongo una revisión de los mitos derivados de la obra de Tocqueville en torno al supuesto fracaso histórico latinoamericano para dar paso a una mirada compleja del pasado, articuladora de principios de realidad y comportamientos democráticos.

Este libro ha sido posible gracias al estímulo intelectual y la ayuda recibida por parte de muchas personas e instituciones a lo largo de dos décadas. Debo citar en primer lugar a mis grandes maestros: Guillermo Céspedes del Castillo, John H. Elliott, Malcolm Deas y Francisco de Solano. En este tiempo he tenido la fortuna de formarme en instituciones como St. Antony's College en Oxford, la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, el Colegio de México, la Universidad Andrés Bello de Caracas y el Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas. Estancias más o menos prolongadas en Tufts University, la Universidad Complutense de Madrid, Stanford University y sobre todo el Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC me han permitido refinar mis argumentos e ideas. Durante ellas, Emanuele Amodio, Felipe Fernández-Armesto, Germán Mejía Pavony, Eduardo Posada Carbó, Nikita Harwich Vallenilla, Tamar Herzog, Fernando R. Lafuente, Julio Crespo MacLennan, David Armitage, Gabriel Paquette, Ruth Hill, Alfredo Moreno Cebrián, Antonio Morales Moya, Fernando Rodríguez de la Flor, Javier Moscoso, Manuel Herrero, Salvador Berna-

béu, Consuelo Naranjo, María Dolores González-Ripoll, Javier Bravo, Iñaki González-Casnovas, María Teresa Calderón y Juan Luis Suárez me han ayudado mucho. Una estancia de movilidad en la Universidad de Harvard concedida por el Ministerio de Ciencia e Innovación de España y la extraordinaria acogida del Real Colegio Complutense en Cambridge, dirigido por Ángel Sáenz-Badillo, también han sido fundamentales. Los consejos de la editora María Cifuentes han sido determinantes para que el manuscrito cobrara verdadera forma. Inés Vergara Jaakkola y Elena Martínez Bavière han apoyado con entusiasmo y dedicación el proceso editorial. Astrid Avendaño hizo exactamente la lectura crítica y positiva que necesitaba para poder llegar a buen puerto. Mi esposa María ha hecho el milagro de acompañarme y sostenerme una vez más hasta el final. El libro está dedicado a Javier Beorlegui, con mi mayor afecto. A todos mi agradecimiento y amistad.

CAPÍTULO 1

ÚLTIMAS OPORTUNIDADES PARA LOS REYES. DEL REFORMISMO AL INSTANTE FATAL



En 1761 el capitán filipino Vicente de Memije presentó su tesis doctoral *Aspecto geográfico del mundo hispánico* ante el jesuita Pascual Fernández, profesor de matemáticas de la Universidad de Manila. No sólo dedicó tan singular producto académico al «Glorioso católico rey D. Carlos III, el magnánimo», sino que desarrolló «nueve tesis descriptivas y cuarenta proposiciones» sobre el imperio español. Con precisión escolástica daba por probada la «puntualidad», es decir, la correspondencia, entre sus aspectos geográfico y simbólico. Aunque atrevido, el contenido científico del trabajo es de un arcaísmo sobrecogedor. La proyección cartográfica está distorsionada, las escalas no existen y las citas de autoridad a sabios astrónomos, como Guillermo Delisle, Antonio de Ulloa o Edmund Halley, tienen el carácter de una superchería.

Muy distinta resulta la representación del mundo contenida en la tesis. En su pretensión de convencer al tercer Carlos de que «dominara el Asia», Memije levanta un mapa topológico a partir de una tradición iconográfica bien establecida ligada a la Inmaculada Concepción. El imperio español es una mujer, una joven y bella emperatriz que domina el orbe. La cabeza corresponde a la Península Ibérica y los florones de la corona son las provincias. En la mano derecha empuña una justiciera espada flamígera y en la izquierda porta una bandera de los Borbones, cuya asta coincide con la línea ecuatorial. El cuerpo se corresponde con el continente americano. Los pliegues de la falda siguen los derroteros o rutas de navegación del océano Pacífico mientras que los pies coinciden con las islas de Luzón y Mindanao, en Filipinas.

Si Carlos III conoció esta representación de sus dominios debió sentirse satisfecho. Tras dejar atrás los modelos de la majestad real utilizados por los Austrias, basados en el rigu-

roso ceremonial cortesano y la distancia sacralizadora entre monarca y súbditos, sus ministros y propagandistas se esforzaban por presentarlo como un rey-padre, preocupado por la felicidad de sus gobernados e impulsor de las necesarias reformas. Se trataba del tipo de gobernante ilustrado que el gran filósofo francés D'Alembert consideró en alguna ocasión una suerte para España, en contraste con el retardatario e ignorante Luis XVI, cuyo comportamiento constituía una desgracia para Francia. Sin embargo, una cosa son los reyes y otra bien distinta sus imágenes. Carlos III no se preocupaba por su aspecto en los iconos públicos que debían subrayar su elevada posición. Ante la crítica de un cortesano sobre la mala calidad de los retratos de su etapa napolitana exclamó: «Con tal de que esas pobres gentes [los artistas] ganen su vida, nada me importa que sean tan malos e indecentes como decís». En lo referente a su carácter, el duque de Fernán Núñez describió a Carlos III como «de genio alegre y gracioso y dotado de una gran capacidad de observación». Por testimonios contemporáneos sabemos que era tímido, pudoroso, amante de las artes de la guerra, fanático de la caza, familiar, austero y devoto hasta la beatería: san Genaro, cuya sangre se licua en Nápoles dos veces al año (si no es así, manda la tradición, acontece un desastre), figuró entre sus devociones preferidas. Aunque asumió el papel de protagonista principal de las reformas que las circunstancias de la Monarquía española le impusieron, careció del vigor incontestable que tuvo su antecesor y hermanastro Fernando VI en el apoyo a nuevas instituciones y políticas. El imprudente abate Feijóo pudo pedir y lograr la protección fernandina ante los ataques que sufría de los partidarios del inmovilismo, pero el desgraciado peruano Pablo de Olavide acabó procesado por la Inquisición en 1775 debido a sus lecturas e ideas «peligrosas», sin que Carlos III se dignara evitarlo. El Santo Oficio logró con aquel juicio un objetivo propagandístico. Que Olavide escapara cinco años después a Francia aprovechando una cura de aguas en un balneario de los Pirineos

careció de trascendencia, puesto que el efecto ejemplarizante ya se había logrado.

Resulta evidente que este monarca-héroe de las Luces, aunque proclive a dejar hacer a sus brillantes ministros, nunca olvidó el Motín de Esquilache de 1766, que había provocado su ignominiosa huida a la cercana villa de Aranjuez, ante la acometida de la castiza chusma madrileña, hambrienta de pan y defensora de su atuendo tradicional con capa larga y sombrero de ala ancha (chambergó). Por entonces cierto estado de opinión vinculó la persona del rey y la del odiado ministro siciliano Esquilache. Una célebre décima indicaba:

Yo, el gran Leopoldo primero
marqués de Esquilache augusto,
a España rijo a mi gusto
y a su rey Carlos tercero.
Entre todos me prefiero
ni lo consulto ni informo
al que obra bien le reformo
a los pueblos aniquilo
y el buen Carlos mi pupilo
dice a todo: me conformo.

Concluido el motín madrileño —en tantos sentidos antecedente de los grandes levantamientos de comienzos de 1780 en el mundo andino, desde Túpac Amaru en Perú a los comuneros de Nueva Granada— con la claudicación real en forma de envío al exilio de su fiel servidor, continuó haciéndose patente el tradicionalismo del comportamiento del monarca, compatible sin embargo con la promoción de las inevitables reformas. En 1771, cuando instituyó la real y distinguida Orden de Carlos III para honrar a quienes servían al trono según el espíritu de una monarquía renovada, la colocó bajo la advocación de la Inmaculada Concepción, justo la imagen invocada en Manila por el doctorando Memije años atrás. En 1760 los buenos servicios de la diplomacia española habían logrado del papa Clemente XIII que

fuera nombrada «especial patrona y abogada declarada de todos los reinos y dominios de España y de las Indias». Su culto, muy común en ambientes castrenses, estaba extendido en los antiguos territorios de la Corona de Aragón y se relacionaba con una fe militante y providencialista, tan estricta como alejada de la espiritualidad ilustrada.

REFORMA Y RESTAURACIÓN

En realidad la mitificación de Carlos III como héroe del progreso, aunque se corresponda con una percepción contemporánea, resulta inseparable de la reflexión sobre el atraso de la Monarquía española desarrollada desde el denostado siglo XVII, si no antes. En la etapa de gobierno del conde-duque de Olivares, un precedente importante porque entonces se planteó la Unión de Armas para costear ejércitos que defendieran la monarquía católica española a escala global (a Perú se le asignó una cuota de 350.000 ducados y a México 250.000), el propio favorito de Felipe IV, refiriéndose a los proyectos para la mejora de la navegación fluvial en Castilla, escribió: «Tengo por cierto que no llega hombre de fuera a ver a España que no culpe infinito nuestra barbaridad, viéndonos obligados a proveer a lomo todas las ciudades de Castilla y todo el reino enteramente, y con razón, pues en toda Europa se experimenta la navegación con gran fruto».

En 1637, cuando aún no había llegado el *annus horribilis* de 1640, la sensación de que la Monarquía española se quedaba atrás era general. Aquella opinión no haría más que agudizarse a lo largo de la centuria, y la participación de talentos de la talla de John Locke y otros miembros de la Royal Society en los negocios del comercio y la explotación del Nuevo Mundo le dio nuevo impulso. Para justificar el derecho inglés a lucrarse en la recolección de la valiosísima madera del palo de tinte o de Campeche, concibieron un esquema que vinculó la «irremediable decadencia» española con el derecho a intervenir en la naturaleza america-